

Dios nos hace vivir para los demás

Los primeros “pinitos” ministeriales

Mi llamada vocacional al ministerio presbiteral surgió en los años que estudiaba en la facultad de Derecho de Salamanca. Vivía mi fe en el seno de las comunidades Adsis y en aquella Iglesia local comprometido como catequista en una parroquia en un pueblo grande y en la pastoral juvenil y universitaria diocesana.

Recuerdo que organizamos un cursillo monográfico de pastoral juvenil y José Luis Pérez Álvarez, fundador de las comunidades Adsis, me invitó a iniciar el proceso formativo al ministerio presbiteral. Acepté esta invitación, acabé mis estudios de Derecho y comencé la teología en la Universidad Pontificia de Salamanca. Al concluir el primer curso, marché a una comunidad formativa para candidatos a curas en Bilbao, erigida por el obispo de aquella diócesis, donde viví cuatro años; me licencié en estudios eclesiásticos en Deusto, trabajé de abogado y comercial, me comprometí en el proyecto Adsis-Bestalde, con personas privadas de libertad y de catequista en la parroquia de San Francisco Javier, de Bilbao.

Hace once años vine a vivir a Vitoria-Gasteiz. D. Miguel me acogió en esta diócesis reconociendo mi carisma Adsis y asumiendo mi pertenencia comunitaria. Hice la etapa pastoral con los demás compañeros de curso y nos ordenaron de sacerdotes en la festividad del Corpus Christi de 1999 en la Catedral de María Inmaculada. Mi etapa pastoral la realicé en la parroquia de N^a S^a de los Desamparados, que duró dos años y compaginé con los cursos de licenciatura en nuestra facultad de Teología. Una vez ordenado cura, me envió a la parroquia de San Andrés, donde serví a aquella comunidad durante cuatro años. En 2003 se me pidió que me hiciera cargo de la Delegación Diocesana de Pastoral con Jóvenes, misión que he desempeñado hasta verano de 2008, completándolo con un apoyo a la parroquia de Jesucristo Resucitado durante tres años y luego la Catedral de Santa María hasta la fecha. Ahora se me ha encomendado la dirección de la Obra Diocesana de Formación Profesional que compagino con la dirección del Departamento Adsis de Pastoral con Jóvenes de Europa.

Esta ha sido mi trayectoria ministerial de encomiendas y servicios. Hoy tengo cuarenta años. Llevo ordenado sacerdote nueve años en esta diócesis que me acogió y en la que me siento “en casa”. Soy una persona adulta entre un presbiterio maduro, plural, definido y estructurado. Quizás he asumido con demasiada rapidez responsabilidades que antes se asumían con mayor edad, pero la historia nos coloca al clero “último” (mas que joven) en su sitio y nos hace “tirar” de la barca diocesana allí donde te piden y crees que tienes algo que aportar.

Siempre he sentido la cercanía y el cariño de los compañeros curas de la diócesis. Mantengo amistad con algunos de ellos. No tengo queja alguna con mis compañeros, más al contrario, he recibido más de lo que he dado. He aprendido mucho de ellos, hasta el punto que mi ministerio está dibujado por mi carisma Adsis pero coloreado por esta Iglesia local que tanto quiero. Conozco los esfuerzos de muchos por ser fieles al carisma recibido, la pasión derrochada por estar con la gente, servirles y anunciarles el evangelio, la fidelidad orante, la vivencia de la eucaristía como eje vertebrador de sus vidas, la búsqueda de caminos nuevos ante los retos actuales de la evangelización, el compañerismo, la convivencia con la debilidad propia y ajena, la afectividad a prueba, etc.

También sé de nuestras dificultades para aunarnos, sé de los sufrimientos de tantos ante tanta aridez evangelizadora, sé de la soledad de unos y la incompreensión de otros, sé de la rutina, la amargura y la desilusión instalada en tantos ante un futuro incierto. Me duele la inercia diocesana, la falta de vitalidad y propuestas novedosas,



la cantidad de oportunidades perdidas, los conflictos personales y pastorales que restan energías para la evangelización, la desazón de quienes han tirado la toalla quizá porque han identificado ministerio con actividad, y cuando ésta vive en horas bajas, el ministerio queda torpedeado en la línea de flotación.

Posiblemente hemos de volver al amor primero, a aquello que movilizó a este clero diocesano para entregarse y vivir a cuerpo entero aquellas palabras de D. Rufino Aldabalde: “¡Siempre sacerdote! ¡En todo sacerdote! ¡Sólo sacerdote!”. En todo caso, volver al sólido fundamento de nuestra vocación ministerial siempre es tarea pendiente para todos. Toda nuestra vida ha quedado informada por la gracia recibida para ser instrumentos de Jesús en la comunidad. Nuestras raíces vitales han quedado injertadas en la experiencia de la comunidad apostólica. Necesitamos recuperar la frescura de las “cuatro de la tarde”, arroparnos unos a otros y tomar la iniciativa, buscar a la oveja descarriada, convocar a los excluidos, ir a los que están lejos, en definitiva, buscar lo perdido.

Desde hace bastantes años los curas que nos hemos ordenado en los últimos años nos hemos encontrado cada mes y medio, de forma natural, informal y amena. Hemos combinado el encuentro, la formación, la oración, el retiro, la comunicación, etc. Es una experiencia positivamente valorada por todos. Sin embargo, pienso que algunos curas con menor tiempo de ministerio -no sólo en nuestra diócesis- viven una situación de desvalimiento, poco equipados y externamente poco acompañados en su vida y su ministerio. A menudo cada cual se busca la vida. Apenas se promueven –o quizá no se quieren- seguimiento y acompañamientos de la vivencia y el ejercicio ministerial, formación permanente, etc. Estas cosas no han de quedar al arbitrio de cada uno, sino que la fraternidad sacerdotal ha de generar las mejores condiciones para consolidar el sacramento recibido incluso intergeneracionalmente.

Un ministerio presbiteral en, con y para la comunidad

Para mí el sacerdocio tiene en la comunidad su razón de ser: la comunidad eclesial es la mediación en cuanto a su ejercicio, es el objetivo de su función, y el ámbito en cuya comunión y misión adquiere sentido. Así pues intento vivir el ministerio presbiteral en, desde y con la comunidad Adsis para toda la Iglesia diocesana. Desde ella y en referencia a ella vivo las comunidades particulares, unificadas y servidas por el ministerio del Obispo y de los presbíteros. En esto me distingo de la mayoría de los compañeros, pero la experiencia me dice que esta singularidad no aminora mi diocesaneidad sino que la consolida y amplía. Tal vez la pertenencia a la comunidad parroquial sea mayor en otros compañeros que en mí, pero la experiencia en un servicio diocesano me lleva a afirmar que todo cristiano/a pertenece a la Iglesia local, a la diócesis, desde la comunidad parroquial, comunidad religiosa, comunidad laical... pero la madre es la diócesis y desde ella la Iglesia universal. Esta vivencia ha supuesto evangelizar ciertos esquemas y sentimientos hacia mi comunidad de pertenencia, pero hoy me vivo vinculado más a la diócesis desde mi fraternidad Adsis que al comienzo de mi ministerio.

El hecho de ser cura no me aleja ni separa de mi comunidad concreta, sino que me introduce más en la realidad comunitaria y en la fraternidad, me hace más sensible a la iniciativa de Dios Padre, a su obrar comunitario. Pienso que mi ministerio encuentra más sentido y proyección en la medida en que lo vivo y ejerzo enraizando mi vida humana y creyente en la aventura cotidiana de la comunidad. Lo comunitario no resta, sino que suma y multiplica el servicio ministerial, hasta el punto de que el ministerio se convierte en una referencia globalizante y enriquecedora para toda la Iglesia.

Mi ordenación sacerdotal ha ayudado con creces para que mi comunidad sea más ministerial, pues estaba incompleta, le faltaba algo: un presbítero. Cuanto mejor

viva la comunidad su dimensión ministerial, el servicio presbiteral que desempeño estará mejor encajado. Este ejercicio no se centra sólo al interno, sino más bien una dinamización de la presencia, y poner a toda la comunidad en la perspectiva evangelizadora. Mi ministerio ayuda a creer a mis hermanos y, por tanto, muchos jóvenes y pobres se benefician de ello en nuestra diócesis. Mis hermanos me hacen más entrañablemente hermano desde la cercanía, la acogida, la escucha, la aceptación, la comunicación, la apertura del corazón y de la propia debilidad y flaqueza. La fraternidad me lleva a ser corresponsable con los demás, valorando la riqueza del Espíritu en cada uno. Nuestra función no es hacer prevalecer la opinión, sino servir a la responsabilidad y a la libertad de todos, fomentar la conciencia comunitaria y el sentido de Cuerpo de Cristo. Aprender a trabajar en equipo, valorando el aporte de cada uno. En realidad, es una escuela que lleva a que uno disminuya para que los otros crezcan, evitando todo prestigio, fama, poder, reconocimiento, personalismos inmaduros, etc. Con todo, no soy un hermano más, pues he sido vinculado permanentemente a Cristo como su signo personal, representación de su presencia capital en la comunidad con objeto de que ésta no quede encerrada en sí misma, sino que esté siempre orientada hacia el Señor. Así pues a uno le toca ejercer la presidencia de la comunidad en el Señor, ayudando a que el señorío de Dios abarque todas las dimensiones de las personas y de toda la comunidad.

Yo creo que el cura no se define por lo que hace, sino por una manera de ser y de estar que es sencillamente relativa a los hermanos y al Señor, olvidándose de sí mismo. Siendo elegido entre mis hermanos, ungido y enviado por la acción sacramental del Espíritu en la Iglesia, he sido ordenado para ser siervo de la Palabra y del Acontecimiento del Señor para la comunidad, y desde ella, para el mundo en el seno de mi diócesis. Así mi ministerio está totalmente al servicio de la Iglesia; incluso diría más, estoy ordenado no sólo para la Iglesia particular, sino también para la Iglesia universal, en comunión con el Obispo.

Entiendo que el servicio primero del presbítero es la evangelización vinculada a la vida y a la situación concreta de las personas y colectivos, en mi caso, preferentemente jóvenes y pobres. La llamada al ministerio presbiteral significa aceptar que pertenezco a otro, que soy entregado como servidor de y para la comunidad, que se dispone de mí para lo que sea. El centro del ministerio está en la misión y en todos los convocados al banquete del Reino.

Como digo intento ser siervo de la comunidad eclesial, intento servir desde la Palabra apostólica, desde los sacramentos y desde el estímulo pastoral, a la comunidad para que ésta viva como Iglesia, se manifieste ante el mundo como convocada por el Señor.

El ejercicio ministerial enriquece mi vivencia vocacional y me sienta bien, me realiza, me hace feliz y me pone a disposición de otros, especialmente jóvenes y educadores de jóvenes. Vivo el ejercicio del ministerio como fuente de experiencia interior. Me acerca a las necesidades, sufrimientos y alegrías de las personas e intento revivir las actitudes y las entrañas de misericordia del buen samaritano. Cuando medito la Palabra en la oración y la proclamo me ayuda a experimentar aquello de "tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús". Cuando celebro los signos sacramentales Dios me permite prolongar, en mi debilidad, el amor del Buen Pastor en mis comunidades, en la Iglesia local y en el mundo.

Algunas pistas de futuro

La **fe** no hay que darla por supuesta, incluso en los curas, como así suele recordar Juan Martín Velasco. Necesitamos una fe preparada para soportar la incredulidad ajena. Una vida más teologal. A veces Dios se convierte en un extraño en nuestra

propia casa, en nuestras relaciones con otros creyentes, con otros curas... hasta el punto que nos pueden movilizar más nuestras ideas, sensibilidades y proyectos que los sentimientos de Cristo Jesús (Flp 2,5). Desde hace tiempo, abrigo en mí esta certeza: sin anuncio explícito del Evangelio no hay evangelización posible. Y ese anuncio tiene que empezar por casa, la parroquia, las amistades, etc. Me pregunto a menudo ¿qué experiencias, testimonios, diálogos, sentimientos... transmitimos y ofrecemos a las personas para que se encuentren con Jesús Resucitado? ¿Creemos sinceramente que Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida? ¿No nos habremos "secularizado" demasiado los mismos curas que se ha diluido un poco nuestra especificidad ministerial en medio de una sociedad tan resistente a la fe?

Como escribe Mons. Uriarte, la sociedad necesita *testigos auténticos y sólidos*, "que se tengan en pie". Testigos que comparten la vida, que son compañeros de camino (Hch 8,26-40), que van donde la gente está, que no construyen el Reino (eficacia) sino que acogen el Reino (fecundidad), que están dispuestos a secundar el plan de Dios en el corazón de cada persona, en vez de "llevar el Evangelio a la gente", o "aquellos con los que trabajamos"... que saben que no van a salvar a nadie, a lo más, a ayudar a que otros descubran el Reino. Testigos que se vivan limitados, pecadores, en camino, en búsqueda, que sean pacientes y valientes, signos del amor incondicional de Dios, que vivan gozosa e implicadamente en la Iglesia, en definitiva, que sean testigos curtidos en la Eucaristía. Éste es nuestro mayor reto: que el Espíritu nos convierta en testigos de la experiencia de Dios.

Somos testigos de la experiencia de que Cristo vive resucitado en la resurrección que percibimos en nosotros mismos y que experimentamos continuamente a nuestro alrededor. Así podemos dar testimonio de lo que vivimos: que *Dios nos hace vivir*. Nuestro testimonio crecerá en la medida en que crezca nuestra experiencia de Cristo resucitado en la Iglesia, en nosotros y en cuantos quieran hacernos partícipes de su experiencia. ¡Somos testigos de Jesús que vive!

La **Eucaristía** da sentido a mi existencia en el mundo. A menudo experimento que la Eucaristía me hace hijo, hermano y siervo. La Eucaristía me consolida en el amor primero. La Eucaristía me recupera para el Reino. La Eucaristía me proyecta a la misión y me desnuda de mis autosuficiencias. La Eucaristía me sobrecoge y calienta el corazón, me introduce en un misterio que me sobrepasa y no controlo, me injerta en el proyecto de Dios. La Eucaristía recrea las relaciones fraternas. La Eucaristía universaliza mi amor y aquilata mi corazón célibe.

En la Eucaristía, Jesús lo da todo. *Dios desea la comunión*. Es este intenso deseo de Dios de entrar en una relación más íntima con nosotros lo que constituye el centro de la celebración y la vida eucarísticas. La Eucaristía es reconocimiento, es darse perfecta cuenta de que el que toma, bendice, parte y da el pan y el vino es Aquel que, desde el principio de los tiempos, ha deseado entrar en comunión con nosotros. La comunión es el grito más profundo del corazón de Dios y del nuestro, porque hemos sido creados con un corazón que sólo puede ser satisfecho por Aquel que lo ha creado.

La comunión crea comunidad. La comunión nos hace mirarnos y hablarnos unos a otros, no acerca de las últimas noticias, sino acerca de Él, que caminó junto a nosotros. Nos descubrimos unos a otros como personas que se pertenecen mutuamente, porque cada uno de nosotros le pertenece a Él. Estamos solos, porque él desapareció de nuestra vista; pero estamos juntos, porque cada uno de nosotros está en comunión con Él y, por tanto, se ha hecho un solo cuerpo con Él.

La comunión crea comunidad, porque el Dios que vive en nosotros nos hace reconocer a Dios en nuestros semejantes. Nosotros no podemos ver a Dios en el

otro; sólo Dios en nosotros puede ver a Dios en el otro. Nuestra participación en la vida interior de Dios nos lleva a una nueva forma de participar unos en la vida de otros. Así la comunidad lleva siempre a la misión.

- Estamos habitados en la **esperanza**. Hemos de apostar por la esperanza, creyendo que Dios dirige nuestras vidas, y que nuestras vidas tiene sentido y proyección desde Él. Es vivir profundamente desarraigado de uno mismo y enraizado en Dios. Sacar lo mejor de cada uno y ponerlo al servicio de la diócesis. Tengo la certeza de que el mejor momento de la diócesis es el que vivimos. Ningún momento es mejor que el que uno está viviendo, porque es ahí donde Dios se encarna. Somos promesa. Como decía una anciana muy pobre de una de las parroquias en las que he servido, "mañana será mejor".
- Una **identidad presbiteral** clara, vitalmente comprendida y afectivamente aceptada. Me identifico con lo que hago, con el ejercicio de mi ministerio. Tengo la costumbre de leer y reflexionar sobre el ministerio presbiteral cada dos años, volviendo a actualizar una panorámica global del ministerio, chequeando mis avances y retrocesos, mis resistencias, mis olvidos, mis incoherencias... Esta identidad reaviva el sacramento recibido, me actualiza la pertenencia al colegio presbiteral desde la universalidad y me activa la secularidad.
- Vivir un **celibato** como carisma del Espíritu y no solo por determinación de la Iglesia que nos haga amar como Jesús amó, cuidando el corazón mediante una profunda adhesión al Reino, viviendo con nostalgia el encuentro definitivo ("ya, pero todavía no"), viviendo como itinerantes, ligeros de equipaje y pretensiones, abrazando la pobreza evangélica, acrecentando la pasión solidaria, acampando como Jesús entre la gente y apostando por un amor extremo y mayor. El celibato es totalmente profético y subversivo en una sociedad como la nuestra. La vida entregada y "perdida" del célibe es un escándalo para tantos. El amor célibe nos hace profundamente disponibles a los planes de Dios en la nueva humanidad que estamos inaugurando. Siento que necesito crecer afectivamente, intensificando la pertenencia al Señor, a mis hermanos, a la gente. A veces combato con mi corazón disperso y dividido, poblado de afecciones y tendencias que no transparentan al Señor de mi vida y mi corazón. Esto me va enseñando que mi amor célibe no procede del "puro huevo" sino por "pura gracia", pues el Señor me hace convivir sanamente con mi soledad habitada y sonora, aprendiendo a discernir, afrontar y educar mis deseos, evitando en lo posible vivir del personaje, no amurallando mi corazón, dejándome ayudar por quienes me quieren e intentando hacer de la debilidad mi fortaleza.
- Mantener **el acompañamiento espiritual y la formación permanente** ha sido una constante en mi vida sacerdotal. Actualmente suelo quedar cada tres meses con otro cura para la dirección espiritual, y frecuento la reconciliación sacramental con más asiduidad. Además garantizo algunas lecturas como plan de formación personal que me permiten ir más allá descubrir cada vez más claro la propia vocación y el crecimiento en disponibilidad para vivir fielmente la propia misión. Estoy estudiando el Curso de Directores de Ejercicios Espirituales en la Universidad Pontificia de Comillas que dura tres años. Además centro mis lecturas en este último tiempo, más allá de las tareas ministeriales, en Jesús de Nazaret, puesto que considero que necesito "volver a Jesús" cada día.

- Aficionarnos a la **oración**, siendo expertos en los caminos y huellas del señor, sin salirnos de los mapas trazados por el Espíritu. Orar solos, orar con la comunidad, orar con los compañeros, orar con la gente... siendo "serenos" que oteamos la aurora de la Pascua. Quizás estemos llamados a ser más alma y corazón que cuerpo y manos.
- **Dar a luz** abriendo ventanas al sol, encendiendo lámparas en medio de la noche, pariendo propuestas que encienda el corazón de las personas, provocando encuentros convocantes y samaritanos, aliándonos con los excluidos y asumiendo las consecuencias por ser místicos y profetas en nuestra tierra.

Mi experiencia en la Delegación diocesana de pastoral con jóvenes durante cinco años ha supuesto escuchar, crear, proponer, aglutinar, cambiar... junto con muchos laicos y laicas. Ha sido una etapa muy bonita, creativa y proyectiva. Ha sacado lo mejor de mí mismo y he aprendido mucho de los jóvenes y sus animadores. He sido testigo de la fuerza evangelizadora y profética que tiene la comunión eclesial cuando nos ponemos a ello.

Ahora tengo entre manos una nueva encomienda que me supera, me convierte en "forastero" en tierra desconocida, me replantea del todo mi labor ministerial, en un contexto distinto del que me he movido hasta ahora y que nunca me hubiera imaginado. Siempre he situado el ministerio presbiteral en clave pascual, y entiendo que uno se hace disponible a la voluntad de Dios manifestada en las mediaciones humanas por las que libremente optamos. Sin embargo, Dios habla de muchas maneras, y estoy convencido que el amor a Él y a nuestra diócesis me hacen disponible a una tarea que espero sea fecunda y esperanzadora.

Álvaro Chordi Miranda

(Publicado en Revista SURGE, julio-diciembre 2008, vol. 66, num. 648-650, pag.499-508)